

**SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL Y FORMAS DE
PARTICIPACION POLITICA**

Julio Seoane
Departamento de Psicología Social
Universidad de Valencia

Resulta muy difícil argumentar la tesis de que vivimos una época social única en cuanto a su potencial de cambio, innovaciones y características peculiares. Parece bastante probable que en cualquier época, un intelectual avisado —si es que todavía se puede emplear la palabra intelectual— diría exactamente lo mismo. De todas formas, lo cierto es que desde los medios de comunicación más populares hasta los círculos más restringidos de observadores mantienen una tensa atención o preocupación por una serie de fenómenos sociales actuales, que van desde el uso de las llamadas nuevas tecnologías, la concentración de los medios de comunicación, el fracaso de las instituciones clásicas de enseñanza, hasta el deterioro ecológico-ambiental, el descontento político o el futuro de los sistemas democráticos.

Desde el punto de vista psicológico, siempre y cuando no se esté obsesionado por el hombre individual abstracto (abstracto en su concepción o en su biología), el momento social actual no puede ser más rico en problemas y en replanteamientos teóricos; los viejos métodos y las grandes teorías se muestran absolutamente insatisfactorios para establecer un diagnóstico aunque sea por aproximación de la sociedad actual, puesto que ahora resulta totalmente necesario estar atento a fenómenos de muy diversa índole para poder integrar una concepción (cultura, técnica, ciencia, política, costumbres, creencias, etc.). Cualquier planteamiento unilateral resulta miope y anticuado, y las técnicas de análisis no están preparadas para tratar simultáneamente con distintos planos de la realidad social. Por eso existen tantos diagnósticos contradictorios y cualquier predicción no es más que una intuición más o menos sugestiva.

Sinceramente creo que nadie sabe con precisión lo que está ocurriendo en la sociedad, pero desde luego tenemos ya una serie de términos para hacer referencia a nuestra ignorancia: sociedad postindustrial, postmoderna, sociedad de la información, tecnocrónica, hiperexpansionista, etc. Una de las características a tener en cuenta y a valorar con el máximo cuidado en todos estos análisis actuales es el recurso a la interpretación histórica para la explicación de los fenómenos actuales; interpretaciones diversas, contradictorias, eruditas, superficiales, interesadas, casi siempre breves, pero desde luego todas preocupadas por una valoración optimista o pesimista de la historia cultural y social de la Europa de los dos últimos siglos; sea para demostrar la decadencia o el progreso, parece que los doscientos y pico de años de la historia reciente Europea son la clave de nuestros males o de nuestras esperanzas. Esta es una de las razones por las que la Psicohistoria (Garzón, 1988) se está convirtiendo en una de las áreas y en uno de los métodos de mayor interés que no estaban previstos en la Psicología «científica» de los años sesenta.

Dentro de este complejo panorama, no cabe ninguna duda que las «sociedades democráticas desarrolladas occidentales» son el principal núcleo de interés. Y uno de los elementos de la alquimia postindustrial es la valoración y prospectiva del sistema democrático. Nadie discute ya sobre la conveniencia de la democracia como sistema político, puesto que prácticamente se ha convertido en una segunda naturaleza del hombre occidental, según la opinión de algunos; el problema radica en su evolución y en su futuro. El sistema democrático se caracteriza por la atención que presta a la *voluntad de*

un pueblo; los psicólogos traducen con frecuencia, y posiblemente sin mucho acierto, «voluntad» por «motivación»; pero lo que ya es mucho más discutible es interpretarla como «opinión pública», tendencia pragmática cada vez más de moda entre los profesionales de la política. Con todo, si bien la *voluntad* se presta a tergiversaciones, es el concepto de *pueblo* el que atrae mayor discusión política, puesto que es muy distinto un régimen democrático fundamentado en una serie de individuos asociados libremente o en el conjunto de individuos que pertenecen a una misma cultura y tienen una historia común. ¿Cuál es la interpretación preferente de estos dos términos en la sociedad postindustrial?

Con todo, es la participación política de los ciudadanos lo que plantea problemas más concretos en la sociedad actual. Interpretada inicialmente como la mera participación en el voto, se sabe ahora que es un fenómeno mucho más complejo y variado, aunque aparentemente es el bajo porcentaje de votantes lo que preocupa más en las democracias occidentales. Participación máxima o mínima de los ciudadanos, participación «óptima» según insinúan los maquiavélicos, lo cierto es que florecen cada vez más en la sociedad postindustrial nuevas formas de participación que, por un lado, facilitan el dinamismo de una sociedad democrática pero, por otro, fragmentan las motivaciones de un pueblo hasta límites poco operativos. ¿Dónde está el futuro de las sociedades democráticas postindustriales, en la participación máxima de las grandes decisiones de poder o en la multiplicación máxima de posibles decisiones sobre las que se puede influir?

Democracia, sociedad postindustrial y participación política son tres elementos de una ecuación temporal sobre la que no existen hasta ahora soluciones algorítmicas; algunos piensan que ni siquiera existen soluciones ideológicas, por mucho que se desplacen, a veces en un viaje alucinante, las izquierdas y las derechas. Pero posiblemente el mayor error consista en pensar que la ecuación puede solucionarse mediante una metodología cuantitativa, donde la proyección de tendencias utilizando indicadores típicos sociales y económicos resuelvan la predicción del futuro. En el mejor de los casos, podemos jugar con distintos escenarios de futuros alternativos.

Nosotros nos vamos a contentar con objetivos más modestos; simplemente analizar y definir los principales aspectos de esta problemática, con la firme convicción de que el hacer conscientes algunos problemas es ya un avance considerable; y si no es así, estaremos por los menos de acuerdo en que consumir conciencia es una característica muy típica de la sociedad postindustrial.

DISTINTOS ESCENARIOS DE LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL

Hemos insinuado ya que existen múltiples formas de hacer referencia a la situación actual de las sociedades democráticas occidentales; cada una de las denominaciones utilizadas pone de manifiesto alguna de las características que se considera fundamental o alude a una valoración positiva o negativa de ese tipo de sociedad. De hecho, la proliferación de términos y de prefijos es uno de los principales inconvenientes para sistematizar los estudios realizados, pero también es un síntoma de vitalidad de los problemas estudiados. En cualquier caso, *sociedad postindustrial* fue una de las primeras formas

caracterizan a la sociedad actual, si bien es cierto que apuntando principalmente a una concepción economista.

Resulta difícil, y posiblemente inútil, saber quién fue el que utilizó por primera vez el término. Desde luego la referencia común señala a Daniel Bell como uno de los primeros que sistematizó el concepto en su bien conocido libro sobre *The Coming of the Post-Industrial Society* (1973). Pero siempre existen antecedentes, como por ejemplo en el año 1914, cuando Coomaraswamy y otros publicaban *Essays in Post-Industrialism: A Symposium of Prophecy Concerning the Future of Society*. Sin embargo es en los años 70 donde existe un clima adecuado para preocuparse por estos temas, y realmente es Bell uno de los autores más conocidos.

Veamos en qué términos define la sociedad postindustrial y posteriormente discutiremos hasta qué punto es una definición o un pensamiento desiderativo. Bell utiliza cinco dimensiones o características de la nueva sociedad para fundamentar su concepción:

— En primer lugar, la sociedad postindustrial es aquella donde la mayor parte de la fuerza de trabajo se ocupa en el sector de servicios, y dentro de estos principalmente en sanidad, educación, investigación y gobierno, contraponiéndose así a las sociedades agrícolas y a las industriales.

— En consecuencia, la distribución ocupacional se inclina preferentemente hacia las clases profesionales y técnicas.

Fundamentando las dos características anteriores y las dos posteriores, la sociedad postindustrial concede una primacía central al conocimiento teórico como fuente de innovación y formulación política de la sociedad.

— Las expectativas sociales deben estar puestas en la planificación de la tecnología, es decir, en el control de la tecnología y de las contribuciones tecnológicas, estableciendo criterios para la regulación de las nuevas tecnologías.

— Por último, la sociedad postindustrial debe crear una nueva tecnología intelectual, que define como la sustitución de juicios intuitivos por algoritmos.

Hasta aquí, los cinco criterios, características o dimensiones de la concepción de Bell. Veamos ahora algunos aspectos de nuestra valoración. Las dos primeras, aumento del sector servicios y de las clases profesionales y técnicas, son en la actualidad casi redundantes con el concepto de sociedad postindustrial; pero que éso ocurra en las sociedades democráticas actuales no dice nada de la valoración política del fenómeno. Cuando los científicos sociales detectan tendencias, producen la sensación de que se deben a causas naturales y de que, en cierto modo, son irremediables; pero el problema político radica, sin embargo, en si la hipertrofia de esos sectores y esas ocupaciones resuelven problemas sociales, y en los tipos de educación, sanidad, etc. que se están produciendo en función de esa hipertrofia.

Las dos últimas dimensiones se dedican más a formular unos deseos que a certificar unas tendencias. La primera es un auténtico pensamiento desiderativo, en la medida en que aspira y cree posible el control y la planificación de la tecnología y de sus conse-

cuencias, al mismo tiempo que intenta tranquilizar a los temerosos y pesimistas. La segunda es una creencia típica del racionalismo progresista ingenuo, en cuanto que desplaza el lugar de las decisiones políticas: de la voluntad de un pueblo, supuestamente intuitivo e irracional, a una nueva tecnología intelectual de carácter racional y algorítmico. Son principalmente estas dos últimas dimensiones las que han servido para formular un juicio de conservadurismo en el pensamiento de Bell, que por otro lado es original y perspicaz. El objetivo de la nueva tecnología —dice Bell— es, ni más ni menos, el de realizar el sueño de un alquimista social: el sueño de «ordenar» la sociedad de masas. Por mi parte, pienso que los alquimistas no eran tan ingenuos ni padecían de tales pesadillas.

Ni que decir tiene que existen otros pensadores actuales que, detectando los mismos fenómenos, realizan distintas interpretaciones y plantean otros objetivos. En lugar de una sociedad post-industrial concebida como una sociedad de servicios, la enfocan como una sociedad sostenible, transindustrial, de convivencia, a escala humana, de desarrollo humano, de conservación, por emplear algunos de los términos más difundidos. Por ejemplo, Michael Marien (1982) contrapone dos visiones de la sociedad postindustrial: una la desarrollada por autores del estilo de Daniel Bell, y otra concebida como un movimiento hacia una sociedad más descentralizada y de orientación ecológica, dirigida hacia el desarrollo de las necesidades humanas; es decir, una inversión o modificación de las tendencias hacia los sistemas complejos y despersonalizados, con planteamientos concretos en cultura, ciencia y tecnología, educación, defensa, población mundial, ambiente, etc. Precisamente una visión que sus detractores califican de neomalthusiana, de anti-desarrollo y de tecnofóbica.

Podríamos decir, en consecuencia, que existe un acuerdo bastante generalizado sobre la existencia de una naciente sociedad postindustrial; pero en el momento de definir sus características se ponen de manifiesto diferentes estructuras de valores, con importantes implicaciones para el desarrollo futuro de este tipo de sociedad. En el terreno político, en concreto, los escenarios futuros se delimitan muy contrapuestos; en una visión tipo Bell, la participación política se desplaza claramente hacia una «tecnología intelectual», hacia una clase de planificadores cognitivos (el *cogniticien* que dirían los franceses, o el profesional del *thoughtware* según los ingleses) que tendrían la máxima influencia sobre las decisiones políticas; en la concepción de Marien, por el contrario, una política descentralizada y a «escala humana» tendería a facilitar la participación en los asuntos más cercanos al ciudadano, intentando simplificar los sistemas de gobierno aún a costa de un desarrollo inoperante.

En cualquier caso, y al margen de los deseos peor o mejor intencionados, no queda nada claro cuál puede ser el futuro del sistema democrático y, junto con él, en que puede consistir la futura participación política. Veamos como se plantea esta cuestión desde el punto de vista del analista político.

PARTICIPACION POLITICA Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA

Aunque es bien sabido, resulta sorprendente recordar que los estudios sobre participación política comienzan por los años 50; por tanto, no tienen más de treinta y pico

de años. Y nadie duda que en ese tiempo se han realizado análisis muy interesantes, pero es muy aconsejable darse cuenta de que es muy poco tiempo para un fenómeno tan complejo y que, además, se modifica constantemente junto con los nuevos planteamientos sociales (Sabucedo, 1988).

En un principio se entendía por participación conducta de voto, y aunque esta concepción ha evolucionado considerablemente es necesario reconocer que el voto sigue siendo la principal preocupación de la mayor parte de los sectores políticos, por razones evidentes. Sin embargo, todos sabemos que participar políticamente es algo más que votar, es intentar del modo más general influir en las decisiones que afectan a nuestro sistema social y modo de vida colectivo. Participar, por tanto, es querer ser tenido en cuenta en la forma en que se toman las decisiones, en la determinación de quién tomará las decisiones; participar también es querer tener información sobre las decisiones que han sido tomadas; hasta oponerse y resistirse a las decisiones realizadas es un acto de participación. Por el contrario, lo único que no constituye participación en este terreno es obedecer las decisiones ya tomadas; esos son actos de sumisión política, que pueden constituir una virtud o una responsabilidad política, pero no es un acto de participación puesto que no intenta influir en la toma de decisiones. Desde este punto de vista, la conducta de voto es una participación necesaria pero no suficiente, como dirían los lógicos.

Es evidente que los sistemas democráticos se fundamentan precisamente en la participación política de todos los ciudadanos, por eso con frecuencia existe una preocupación generalizada por las cifras de abstención en el voto. Sin embargo, para complicar más el panorama, es necesario recordar que con frecuencia la participación se apoya en la creencia de la legitimidad de la estructura de poder y de autoridad; pero este no es un requisito imprescindible para definir la participación, puesto que cuando no existe tal creencia o se piensa que el poder y la autoridad no son plenamente legítimas también se produce participación, llámese como se quiera a tal forma de participar.

Los gobiernos concretos se preocupan por estas creencias de legitimidad o ilegitimidad por parte de los distintos grupos de ciudadanos, pero los regímenes democráticos no se ven especialmente amenazados por estas alternativas. El peligro real del sistema democrático, en principio, surgiría cuando amplios sectores de la población se sientan relativamente impotentes en sus intentos de influir en las decisiones del gobierno y piensa que éste está compuesto por personas deshonestas e indignas de confianza. Este descontento es el que produce un alejamiento de la participación por impotencia y desconfianza.

Pues bien, el fenómeno del descontento o, si lo prefieren, de alienación política ha comenzado a aumentar de un modo alarmante desde mediados de los años 60 en los sistemas democráticos occidentales, al margen de las fluctuaciones existentes y de las diferencias entre países. ¿Querría decir ésto que el desarrollo de la sociedad postindustrial va acompañado del aumento de descontento político en las democracias occidentales? ¿Significa, en consecuencia, que la evolución de un sociedad tipo Bell puede llegar a destruir las estructuras políticas democráticas? Desde luego que existen autores que lo piensan, y el propio Daniel Bell reconoce una serie de contradicciones (Bell, 1976) que pueden poner en peligro la estabilidad del sistema. Sin embargo, no es nueva la preocupación por el futuro de la democracia a causa de sus contradicciones internas, conve-

nientemente respaldada por el recuerdo de los fascismos europeos de la II Guerra Mundial. Veamos dos posturas contrapuestas a este respecto.

Siempre han existido teóricos que han pensado que las masas de población son la peor amenaza para el mantenimiento de la democracia, puesto que tienen tendencia a propugnar decisiones extremas y radicales y, en definitiva, poco democráticas. El mantenimiento de la democracia es un asunto de minorías, y por eso estos autores representan el denominado *elitismo democrático* (Lipset, 1963; Dye y Ziegler, 1975). En consecuencia con este planteamiento, el éxito de la democracia está en el equilibrio inestable entre élites y masas; dicho de otra forma, en que los ciudadanos participen lo suficiente como para influir en las decisiones del gobierno pero que no participen tanto como para perjudicar su capacidad de decisión. Bajo este punto de vista se podría llegar a la conclusión de que una cierta proporción de descontento político y, por tanto, de falta de participación, no es perjudicial para la sociedad postindustrial sino que casi es conveniente.

En contra de esta posición, otros autores (Wright, 1981) defienden la estabilidad esencial de los sistemas democráticos, puesto que empíricamente se están manteniendo durante más tiempo que otras formas distintas de gobierno. Las posibles tendencias poco moderadas de las masas se ven corregidas por el sistema de partidos y, por otro lado, el descontento político es un aspecto que afecta exclusivamente a una esfera muy concreta de la vida de las personas que lo padecen, pero pueden sentirse perfectamente poderosos y confiados en su vida de trabajo, social y cotidiana. Los que sienten impotencia y desconfianza política no son, en consecuencia, un peligro para la democracia puesto que pueden llegar a alejarse de la política pero no tienen motivación suficiente para atacarla.

Como puede observarse, ya sea desde un punto de vista o desde otro, la estabilidad de la democracia parece lo suficientemente asegurada como para no constituir una preocupación principal. Con una mayor o menor participación de los ciudadanos, el sistema democrático no parece estar amenazado por el desarrollo postindustrial; al menos éso parece deducirse de los planteamientos anteriores. ¿Cuál es el problema entonces? ¿De dónde surge tanta preocupación por las nuevas tendencias sociales? No es el sistema político lo que plantea problemas, sino la transformación de los contenidos políticos, de la participación, de la cultura, del sistema de valores, lo que está en juego en la evolución de la sociedad democrática actual. Veamos a continuación algunos de los diagnósticos que se han realizado sobre estas transformaciones.

DIAGNOSTICOS SOBRE LA SOCIEDAD ACTUAL

Hubo una época en que parecía que los análisis económicos junto con los desarrollos técnicos y científicos eran suficientes para interpretar la dinámica de una sociedad; como mucho había que añadir alguna gran ideología para colorear el panorama, ideología que se definía principalmente en función del tipo de distribución económica. Parece existir bastante acuerdo en que ese proceder ya no es posible, y que las perspectivas históricas, culturales, filosóficas y hasta psicológicas adquieren ya papeles imprescindibles en cualquier análisis del estado actual de cosas.

Proliferan ahora las interpretaciones rápidas y excesivamente breves de un pasado histórico que pretende contener el presente. El problema de la lucha de clases o de la creatividad inmanente del mercado se ve desplazada por el problema de Occidente, cuyo significado histórico y cultural determina la distribución social de las fuerzas de producción. En función de cada perspectiva, todo parece adquirir sentido bajo la idea de progreso (Nisbet, 1980) o, por el contrario, bajo la decadencia (Chaunu, 1981); a veces nuestra salvación está en la fidelidad al espíritu universal, racional y asociativo de la Revolución Francesa (Finkielkraut, 1987), mientras que otras veces parece comenzar ahí el individualismo que ahora nos transforma en un espejo de Narciso (Lash, 1979).

El mismo Daniel Bell, como ya mencionamos, no es capaz de resistirse a esta tendencia y pocos años después de la visión postindustrial publica su interpretación de la sociedad contemporánea (Bell, 1976), que no concibe como un sistema unificado sino como “una difícil amalgama de tres ámbitos distintos”: la estructura social o económica, la política y la cultura. Su argumento principal consiste en mantener que los tres niveles se rigen por lógicas distintas y contrapuestas; la economía por la racionalidad funcional o eficacia, la política por la igualdad y la cultura por la autogratificación o hedonismo. Planteado en estos términos es evidente la aparición de tensiones y la falta de estabilidad del sistema social actual, en contra de las conclusiones de los analistas políticos de la democracia.

Sin embargo, las cosas no parecen ser tan elementales en la dinámica real puesto que la democracia de hoy parece solucionar una gran parte de esas contraposiciones. Lipovetsky (1983) lo entiende así perfectamente cuando afirma que los productos culturales han sido industrializados y sometidos a la lógica de la eficacia y rentabilidad; el hedonismo se democratiza y la igualdad, alejándose ya de las rigideces y de la ineficacia burocrática, se diversifica y personaliza. No, realmente no parece existir una crisis fundamental de contrarios sino más bien una transformación de los contenidos de la cultura, de la economía y de la política.

Existen, desde luego, otros pensadores mucho más pesimistas sobre la vida social y política que bajo la añoranza de un paraíso perdido, la vida guiada por del pensamiento, diagnostican la derrota del mismo y la supremacía del fanático y del zombie como últimos residuos de las democracias postmodernas. Finkielkraut (1987) representa esta postura y organiza a su gusto la historia de Europa para afirmar que *la cultura*, como ámbito en el que se desarrolla la actividad espiritual y creadora del hombre que se asocia voluntaria y libremente (el progreso de las Luces), se transforma de modo perverso en la cultura de *cada pueblo*, donde desgraciadamente (para él) los europeos no somos ya la civilización sino una cultura especial, una variedad fugitiva y perecedera de lo humano. De este pecado de respeto hacia la diversidad cultural, Finkielkraut responsabiliza a diestra y siniestra: a Herder y al romanticismo alemán por no distinguir entre razón e historia, a Levi-Strauss y a las ciencias humanas en general por perseguir el etnocentrismo, al proceso de descolonización por privar a las antiguas posesiones de Europa de la experiencia democrática europea, a la UNESCO por atacar el monopolio de la información libre y promocionar el desarrollo y valoración de las agencias y de los media del Tercer Mundo, al Colegio de Francia por proclamar la insuperable pluralidad de las culturas.

En definitiva, según Finfielkraut, la barbarie ha acabado por apoderarse de la cultura (de su concepto de cultura), favoreciendo la intolerancia del respeto al pueblo al que se pertenece y el infantilismo que reduce a pacotilla la obra del espíritu. El paso final de esta derrota del pensamiento o de la civilización lo pone Finkieldraut en la sociedad actual, sociedad polimorfa donde el individuo se convierte en multicultural. Confunde así este autor el respeto hacia la diferenciación cultural con el desprecio del individuo hacia su propia cultura.

El diagnóstico de la sociedad actual, de su cultura y de su política, no puede ser tan elemental como para dividir a sus ciudadanos en fanáticos y en zombies (más la soberana inteligencia que los clasifica); la realidad tiene que ser más compleja y más rica en matices, más parecida la cohabitación de elementos que al enfrentamiento psicológico, como insinúa Lipovestky: ‘no se vota, pero se exige poder votar; nadie se interesa por los programas políticos, pero se exige que existan partidos; no se leen los periódicos, ni libros, pero se exige libertad de expresión’. Este es el desafío de la sociedad postindustrial; comprender, entender y fomentar las nuevas dimensiones que aparecen en el horizonte de la política actual y que determinan por el momento el ‘perfil de un individuo amaestrado para la elección permanente, alérgico al autoritarismo y a la violencia, tolerante’. ¿En qué pueden consistir esas nuevas dimensiones de la cultura política?

NUEVAS DIMENSIONES DE LA CULTURA POLITICA

En esto consiste precisamente el problema de la interpretación de las democracias actuales y, con más precisión, los nuevos cauces de participación ciudadana. Partimos de la base de aceptación plena de un genérico sistema democrático, de un rechazo visceral del autoritarismo, de la necesidad de cambios ante los nuevos planteamientos siempre y cuando esos cambios no impliquen el riesgo de perder lo ya adquirido. Supuesto esto, las viejas fórmulas ideológicas o la representación social del continuo izquierda-derecha pierdan cada día más fuerza y reclaman por momentos menos participación.

Hasta hace poco era suficiente este eje izquierda-derecha para visualizar todo el espectro político y para tomar posiciones en la participación política. Todavía sigue siendo la dimensión preferida de los políticos profesionales para circular por el *espacio político*, para crear nuevos partidos que ofrezcan participación a los ciudadanos más a la izquierda o más a la derecha de los espacios ya ocupados; se pretende con ello cubrir todo el espectro, rellenar todos los huecos, ofertar todas las posibilidades. Pero parece ser que el problema radica en que esta sola dimensión ya es insuficiente para definir la problemática social de los individuos y de los pueblos de las democracias occidentales. Izquierda y derecha se han denominado de múltiples formas: radicales y conservadores, defensa del cambio social y resistencia al cambio social, defensa de la igualdad y del control colectivo y defensa de la libertad y del control privado; en definitiva, el debate se realizaba alrededor del control público o privado de la producción. Parece lógico pensar que esa única dimensión era suficiente para las sociedades industriales, pero resulta evidente su limitación en las sociedades postindustriales en cualquiera de sus distintas definiciones.

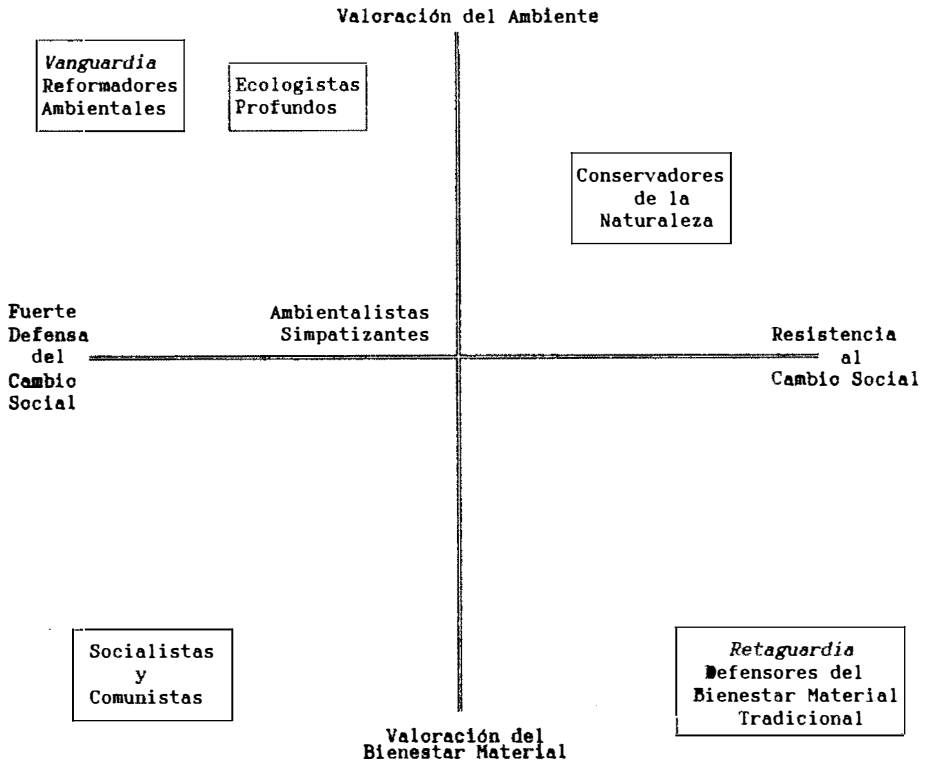
Esto significa la necesidad de postular otras dimensiones más acordes con la sensibilidad actual y los partidos que se nieguen a aceptarlo se irán convirtiendo poco a poco en reliquias de los nostálgicos. El espacio político no es unidimensional, sino multidimensional, en el caso más sencillo de dos dimensiones y aún esto se queda anticuado por momentos. Desde luego que no es nuevo el intento de añadir otros ejes a la visión monocular de izquierda-derecha; desde que Adorno y su equipo acuñaron *La Personalidad Autoritaria* en 1950, psicólogos, filósofos y sociólogos han intentado completar la cartografía política con otra dimensión de carácter psicológico, subjetiva, de estilo de funcionamiento cognitivo, cuyo destino ha sido el debate, la contra-argumentación empírica (como si lo empírico tuviese algo que ver con la voluntad de un pueblo) y la producción y venta de escalas psicológicas totalmente ajenas al funcionamiento real de los partidos y de sus militantes. Mentalidad dura Mentalidad blanda de Eysenck, Dogmatismo de Rokeach, Conservadurismo de Wilson, Anti-autoritarismo de Kreml, Maquiavelismo de Christie y Geis, etc., (Ibáñez-Andreu, 1988) todas son intentos de psicologizar y subjetivar los planteamientos políticos, con un indudable interés individual pero sin importancia colectiva.

Las nuevas dimensiones de la cultura política no pueden ser individuales y subjetivas, sino colectivas e inter-subjetivas, es decir, políticas. La complejidad política de la sociedad actual requiere nuevas perspectivas además de la visión izquierda-derecha, pero perspectivas del mismo orden aunque de distinto plano, es decir, nuevas sensibilidades hacia las decisiones políticas. Desde hace algunos años están apareciendo modelos teóricos tentativos que intentan ajustarse a estos requisitos; por ejemplo Milbrath, bajo el punto de vista del ambientalismo como ideología, desarrolla un esquema bidimensional de lo que denomina la *vanguardia para una nueva sociedad* (Milbrath, 1984; 1986). En esta concepción se conserva el eje vertical que contrapone la valoración del ambiente con la valoración del bienestar material; en el primero se desarrollaría la batalla de la política clásica, mientras que el segundo sería el escenario de concepciones postindustriales.

Otros autores definen de modo distinto esta segunda dimensión, pero existe acuerdo en que la política emergente de la sociedad postindustrial se caracteriza por la transición hacia la concepción de los dos ejes. Marien (1982) caracteriza este segundo plano como un debate sobre los propósitos y magnitudes de la producción y sobre la distribución del poder: individuos y pequeños grupos frente a gobiernos, empresas y profesionales.

Sin duda alguna, la labor actual de una psicología política y ciencias afines consiste en ir analizando y delimitando las características de esta nueva dimensión o nuevas dimensiones, que se presentan como independientes de la clásica polémica de izquierda-derecha, Milbrath (1986) ha intentado resumir sus características, en el polo de la nueva vanguardia, mediante seis grandes apartados:

- 1.- Alta valoración de la naturaleza.
- 2.- Compasión generalizada hacia otras especies, pueblos y generaciones.
- 3.- Planificación y actuación cuidadosa para evitar riesgos en relación con la tecnología.
- 4.- Límites al desarrollo.



(tomado de Milbrath, 1984)

5.- Necesidad de una sociedad completamente nueva evitando reformismos ineficaces.

6.- Necesidad de una nueva política, caracterizada por ser más consultiva y participativa, por centrarse en el problema de las relaciones del hombre con la naturaleza, con mayor previsión y planificación.

Sea como fuere, es evidente que los nuevos núcleos de discusión y planteamiento político se alejan bastante de los conceptos al uso hasta ahora. Resulta curioso observar como los partidos políticos intentan introducir tímidamente esta problemática en sus programas, más por vigilar su propio ritmo electoral que por un replanteamiento auténtico de sus coordenadas políticas; y este fenómeno sólo está empezando. Mientras tan-

to, los ciudadanos se distancian cada vez más de las decisiones políticas sobre las que teóricamente tendría que influir, y adquiere conciencia de participación en otros temas sobre los que quisiera influir pero que no son objeto de discusión democrática.

EPILOGO

La forma más fácil de equivocarse es pretender realizar predicciones sobre la sociedad; alguien dijo que nunca ocurre lo inevitable sino que siempre se produce lo inesperado. Sin embargo, aquí y ahora se puede llegar a algunas conclusiones a la vista de los comentarios anteriores. Lo que ocurra después es asunto de los pueblos y la sociedades.

No parece haber duda sobre que las sociedades democráticas occidentales están transformándose en profundidad y adquiriendo características nuevas en sus elementos más básicos. Una forma de hacer referencia a estos cambios es hablar de sociedad postindustrial; una sociedad donde la industria clásica y sus consecuencias ya no es su aspecto predominante; es el conocimiento (en su nuevo sentido difícil de precisar aquí) y sus consecuencias el elemento privilegiado ahora. Daniel Bell y otros muchos lo han detectado adecuadamente, pero al margen de eso ya no existe acuerdo sobre si es urgente o no intervenir sobre esa tendencia y en qué sentido hacerlo. En el caso de Bell, perfectamente representativo del paradigma dominante, las grandes decisiones sociales y políticas deberán tomarse mediante una tecnología intelectual, que deja poco margen para dejarse influir por la participación del ciudadano medio, cambiando así el aspecto central del concepto de democracia.

Los psicólogos y analistas políticos en general no parecen estar muy atentos a estos problemas, por lo menos de momento; pero llegan a algunas consecuencias importantes aunque por otro camino. La participación política usual ha disminuido considerablemente en las dos últimas décadas y, fundamentalmente, aumenta claramente el descontento político. Pero esto no parece representar una amenaza básica hacia el sistema democrático, sólo una pérdida de aportación de información, puesto que ese fenómeno facilita la gobernabilidad de las sociedades y no significa un descontento amenazador por parte de los ciudadanos, cuyas vidas abarcan bastante más que la mera espera política. En definitiva, la estabilidad democrática es un hecho, aunque las relaciones democráticas se modifiquen cuantitativa y cualitativamente.

Parece claro que la existencia humana abarca muchos más aspectos que los políticos, pero son muy escasos, si es que existen, aquellos que no tienen repercusiones sobre la esfera política y a la inversa. Por tanto, resulta muy conveniente analizar y diagnosticar esas modificaciones y transformaciones en las relaciones sociales, para conocer sus implicaciones en la cultura y participación política. Y aquí es donde surge mayor cantidad de opiniones diversas y contrapuestas; para unos, la historia inmediata nos ha llevado a la pérdida de la cultura, a la derrota del pensamiento occidental por medio de la aceptación de la diversidad cultural de cada pueblo, y esto conduce al fanatismo; cuando el individuo llega a decidir lo que es cultura para él, aparece el infantilismo; fanáticos o infantiles, los ciudadanos ya no son capaces de una participación constructiva. Para otros, el consumo y la oferta democrática están plenamente aseguradas, pero esta posibilidad de auto-servicio produce una sensación de vacío y una participación simbólica.

Lo que es seguro es que el espacio político ya no tiene una sola dimensión; al igual que la pintura descubre en un momento histórico determinado la representación de profundidad, la política lo hace en los momentos actuales. La dimensión de izquierda-derecha ya no es suficiente, existen otras dimensiones que están surgiendo en la sociedad postindustrial: nuevas formas de distribución del poder, actitudes hacia el medio ambiente, creencias sobre la salud, creencias sobre la limitación de recursos, uso de tecnología, etc. que se resisten a covariar conjuntamente con la dinámica de izquierda-derecha. Bajo este punto de vista, el estudio del espacio político y de la participación correspondiente entre en una nueva fase característica de las sociedades postindustriales, la fase de la representación social en perspectiva entendida ésta como el modo de representar en una superficie los objetos políticos de varias dimensiones.

REFERENCIAS

- BELL, D. (1973). *The Coming of the Post-Industrial Society*. New York: Basic Books.
- BELL, D. (1976). *The Contradictions of Capitalism*. New York: Basic Books.
- CHAUNU, P. (1983). *Histoire et Décadence*. Paris, Perrin.
- COOMARASWAMY-ANANDA-PENTY (Eds.) (1974). *Essays in Post-Industrialism. A Symposium of Prophecy Concerning the Future of Society*. London: T. N. Foulis.
- DYE, T. R. - ZEIGLER, L. H. (1975). *The irony of Democracy. An uncommon introduction to America politics*. New York: Duxbury Press.
- FINKIELKRAUT, A. (1987). *La défaite de la pensée*. Paris: Gallimard.
- GARZON, A. (1988). Psicohistoria y Psicología Política. En J. Seoane-A. Rodríguez, *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.
- IBAÑEZ, E.-ANDREU, Y. (1988). Personalidad Política. En J. Seoane-A. Rodríguez, *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.
- LASCH, CH. (1979). *The Culture of Narcissism*. New York: Warner Books.
- LIPOVETSKY, G. (1983). *L'ère du vide*. Paris: Gallimard.
- LIPSET, M. (1982): The Two Post-Industrialism and Higher Education. *World Future Society Bulletin*, May/June, 13-27.
- MILBRATH, L. W. (1984). *Environmentalists. Vanguard for a New Society*. Albany: State University of New York Press.
- MILBRATH, L. W. (1986). Environmental Beliefs and Values. En M. G. Hermann, *Political Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- NISBET, R. (1980). *History of the Idea of Progress*. New York: Basic Books.
- SABUCEDO, J. M. (1988). Participación Política. En J. Seoane-A. Rodríguez, *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.
- WRIGHT. (1981). Political Disaffection. En Samuel L. Long (ed.), *The Handbook of Political Behavior*. New York: Plenum Pres.